

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Jesús, el hombre que sobrepasa todos los límites
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Jesús, el hombre que sobrepasa todos los límites (14 días)

Día 1

Mt. 28:18; 19:26

¿Conocemos a Jesús? Un profesor de teología se dio cuenta después de haber estudiado cuidadosamente el Nuevo Testamento que Jesús no puede ser contenido en libros, pero de que vive y habla con las personas personalmente por medio de Su Palabra. Los encuentros con Jesús hoy son diferentes que en el tiempo cuando Él vivía sobre la tierra. Mucho se habló y se escribió acerca de Él. En un cartel en una exposición de Biblias se leía: “Jesús, el hombre que sobrepasa todos los límites.” No dice: “Jesús, el hombre que sobrepasa algunos límites”, o “Jesús, el hombre que sobrepasa muchos límites”, tampoco: “Jesús, el hombre que sobrepasa casi todos los límites”. ¡No!, sino: “Jesús sobrepasa todos los límites”. Esta aclaración encontramos en la Palabra de Dios, tanto en el Antiguo como también en el Nuevo Testamento. “¿Hay para Dios alguna cosa difícil?” “Nada hay imposible para Dios” (Gn. 18:14; Lc. 1:37).

Esta realidad nos puede alegrar muchísimo. Ella quiere hablar directamente en la situación de nuestra vida, y decimos que para Dios y Su Hijo Jesucristo no hay nada imposible. Con esto podemos contar cuando tengamos delante de nosotros imposibles. Quizás hoy es un día que todo parece sin salida y no sabemos qué hacer. Quizás estamos así como la joven mujer en Nazaret, sin saber qué hacer, que preguntó asustada: “¿Cómo será esto?” Ella no dudaba que iba a pasar lo que dijo el ángel, pero no podía imaginarse cómo se haría realidad.

Naturalmente nuestras impotecias y caminos sin salida son muy distintos, pero la respuesta que se le dio a ella, también es respuesta para nosotros: “Nada hay imposible para Dios” (Lea Lc. 1:34-38; Job 42:1.2; Sal. 62:11; 115:3.)

Día 2

Mt. 27:45-57

Nos ocuparemos de cuatro límites que Jesús anuló. Él quitó el obstáculo que había entre Dios y los hombres, también el impedimento entre Él y cada uno de los pecadores. Además quitó las barreras entre las personas y nos quiere regalar la extensión de límites.

1. Jesús, el hombre que rompió todos los límites, ante todo el límite entre Dios y los hombres.

En un acontecimiento singular Dios ejecutó la anulación (abolição) de este límite públicamente. “He aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.” Este velo separaba el santuario del lugar santísimo, al que el sumo sacerdote podía entrar una sola vez al año, en el día de la expiación. Si alguna otra persona se hubiera atrevido a pasar este límite, la consecuencia hubiera sido sin duda, la muerte. (Lea He. 9:6-8.) El velo en el templo demostraba que el hombre no tiene entrada a la presencia de Dios, tampoco puede aguantar la cercanía de Dios; el Dios santo no puede estar junto con el pecador. (Comp. Éx. 19:23.24.)

Pero cuando murió Jesús aconteció lo inesperado: El velo se rasgó totalmente en dos partes, de arriba a abajo. Ahora la entrada al Padre celestial estaba abierta. En una canción

dice: “El cielo está abierto, ¿sabes tú el porqué? Porque Jesús luchó con su sangre para conseguirlo.”

La actuación del sumo sacerdote quien en el gran día de la expiación roceaba el área con sangre, era desde antaño un símbolo de la redención que se realizaría en el Gólgota. El ministerio del sumo sacerdote no podía quitar el pecado, esto podía hacerlo únicamente el Hijo de Dios por medio de su muerte en la cruz. De este modo se abrió el camino. (Lea He. 10:11-22; Ro. 5:2; Ef. 3:11.12.)

Día 3

Gn. 3:15; Is. 59:2

El límite entre Dios y nosotros, los hombres, no existía desde siempre, pues después de la creación de la tierra y después de la creación de los primeros hombres todo era completamente bueno e ilimitado (comp. Gn. 1:31). Pero la serpiente llegó al jardín del Edén. Por medio de ella, Satanás sembraba dudas en el corazón del hombre. Le enojaba que Adán y Eva vivieran en completa comunión con Dios. “¿Conque Dios os ha dicho: ...?” Esa pregunta de desconfinaza Satanás hace una y otra vez . En aquel entonces consiguió que la relación con el Creador se destruyera. Lo podemos leer en el capítulo 3 de Génesis. Adán y Eva se decidieron por la desobediencia. Esa decisión trajo consecuencias: Adán y Eva siendo pecadores no podían vivir más en la cercanía de Dios. Se creó el primer límite. Leemos en Gn. 3:23.24: “Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto del Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida.”

¿El caer en pecado significaba la separación para siempre? ¡Qué bueno que había una segunda oportunidad! El amor de Dios para con los hombres no terminaba con la expulsión del jardín. Dios ya había decidido lo que nos lleva a pensar en el Gólgota: “Vendrá uno.” Y Él vino. “El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Is. 53:5).

“Jesús vino, siendo Él un sacrificio por los pecados, los pecados de todo el mundo lleva este Cordero” (J. Allendorf).

El velo rasgado en el templo es una señal de que hay libre entrada hacia Dios para los hombres, los que aceptan personalmente la muerte de Jesús. (Lea He. 4:14-16; 10:19-23.)

Día 4

1.Ti. 2:4-6; Lc. 15:18-24

Dios ha hecho que el hombre que como pecador vive lejos de Dios, pueda volver como el hijo en la parábola que Jesús contó. El padre ya lo esperaba y le dio nuevamente los derechos de ser hijo. En la parábola Jesús dice:” Así es Dios.” Por el pecado el hombre natural está separado de Dios, pero por el amor de Dios es posible llegar hacia Él. Cada persona puede “llegar a casa”, ya la están esperando. Por eso, el Hijo de Dios se hizo hombre y llegó a este mundo. ¡Tanto amó Dios al mundo! Jesús ha pisado la cabeza de la serpiente. Esto significaba para Él, sufrimiento y muerte porque la “mordedura de la serpiente” le trajo la muerte en la cruz. Confiada y obedientemente Jesús seguía su camino a través de mucho sufrimiento, inmenso desprecio y una terrible separación de Dios, hasta el momento cuando pudo gritar: “¡Consumado es!”

En este momento se traspasó el límite: En el templo el velo se rasgó. El camino hacia Dios estaba abierto. Y seguirá abierto eternamente. Con su resurrección, Jesús quitó en el poder de Dios también el límite de la muerte, que pone fin a la vida de cada ser vivo. Desde este momento, la muerte para los creyentes, “es la entrada a la vida.” (Chr. F. Gellert).

Desde el Gólgota y el día de la resurrección de Jesús existe una vida sin fin. Por eso, Jesús puede decir: “Yo soy la puerta a la vida eterna”. Porque hay un adentro y un afuera: Estar adentro quiere decir ser salvado y haber llegado a casa. Estar afuera significa estar perdido. Jesús realizó en el Gólgota la mayor obra de todos los tiempos y Dios la aprobó resucitándolo. (Lea Jn. 10:7-15; 14:6.)

Día 5

Lc. 5:1-11

2. Jesús rompe el límite que existe entre cada pecador en particular y el Dios vivo.

Si una persona reconoce temerosamente que es pecador, entonces con mucho dolor siente el límite existente entre Dios y él. Así pasó en el lago de Galilea. Para que la gente le oyera mejor, Jesús entró en la barca de Simón Pedro, el pescador, al cual ya había encontrado anteriormente (Jn. 1:40-42).

Después de la prédica Jesús quería agradecer a Pedro por “el púlpito” sobre el agua. ¿Pero cómo? Al pescador experimentado la orden del Señor le parecía no adecuada, por eso le tenía que contradecir: “Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado.” La noche era el tiempo de pesca, no el día. Como pescador Pedro era el experto, no Jesús; y el experto sabía que de día normalmente ningún pez entra en la red.

¿Se negaría a la orden del Señor? El experto pescador tenía suficiente razón para hacerlo. Pero Pedro también sabía lo otro: en esa situación es cuestión de poner mi conocimiento al servicio del experto máximo y confiar y obedecer. Por eso Pedro pudo abandonar sus argumentaciones y objeciones y confiar en Jesús: “... mas en tu palabra echaré la red.”

Las palabras de Jesús le resultaron más importantes que su propio conocimiento. Pedro quería confiar sobre todo en Él, en el Maestro, y hacer lo que Él decía.

¿Acaso sigue siendo Jesús nuestro Señor en situaciones en las que nos molestamos por lo que nos dice? ¿Le permitimos ser el Maestro en todas las cosas? ¿Vivimos como discípulos obedientes? (Lea Sal. 40:8; Pr. 23:26; Jn. 14:15.)

Día 6

Lc. 5:4-10a

“... mas en tu palabra” haré lo que has dicho. Tal obediencia siempre es un riesgo. Si uno se compromete con Él no sabe cómo seguirán las situaciones. ¿Pero, acaso conocemos bien al Señor que nos habla con palabras bien claras? ¿Confiamos en Él, aquel que nunca se equivoca, el que sabe exactamente lo que dice, y porque lo dice ...

De Pedro y sus colaboradores leemos: “Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y la red se rompía.” Si Jesús quiere que las redes de los pescadores se llenen aun en pleno día, acontecerá. Sin la obediencia de Simón, los pescadores no hubieran sido testigos de un milagro.

¿Puede ser que nosotros no actuamos según la Palabra del Señor, no nos arriesgamos, y por eso no experimentamos Su intervención?

Con las redes superllenas Simón Pedro consiguió otros “tesoros”. Él reconoció la pesca fracasada de noche como condición necesaria para la experiencia del día siguiente: Pues los pescados no eran lo más importante, sino el Señor al que Pedro conoció mejor por medio del milagro.

Esto también podemos aplicarlo a nosotros mismos, que aparentes fracasos lleguen a ser oportunidades para experimentar al Señor, Su grandeza y Su abundancia de poder. Si Pedro hubiera tenido redes repletas de pescados en la noche, probablemente hubiera estado ocupado de otra manera y no hubiera tenido ese encuentro decisivo con Jesús. Ante todo se le otorgó un profundo reconocimiento: por las redes repletas vio quien era Jesús y al mismo tiempo vio su propia miseria. Se postró ante Jesús pidiendo; “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador.” Este gran susto es muy sano para cada persona. (Lea Sal. 38:4; 130:1-3.)

Día 7

Lc. 5:5-10a; 15:18.19

Al caer de rodillas Pedro expresa lo que pasaba en su interior. Lo que experimentó en esta pesca extraordinaria lo conmovió profundamente. Él reconoció la santidad y omnipotencia de Dios que moraba en Jesús y en tremendo contraste, el abismo pecaminoso de su propio corazón, que le separaba de Jesús, el Hijo de Dios. Pedro se da cuenta claramente del límite existente y confiesa: “Señor, apártate de mí, porque soy hombre pecador.” Aun los dos estaban en la barca, pero ¿acaso el puro e inocente permanecería con un pecador?

En el encuentro con Jesús se llega al correcto autoreconocimiento. Nos damos cuenta de cómo somos verdaderamente. El descubrimiento de Pedro debería ser también nuestro descubrimiento, porque nos aclara cuánto necesitamos a nuestro Redentor.

Jesús no salió de la barca de Simón. Ya que había entrado para permanecer con Pedro. Esa actitud de Jesús reconocía Pedro reciente al haberse visto pecador y que vive del perdón. Cuánto más conocemos a Jesús en Su manera de ser, tanto más nos daremos cuenta de lo que somos. Es una vida pobre de creyente si uno nunca se estremece por sus malos pensamientos, sentimientos, palabras y hechos y por la pared de separación entre Dios y nosotros. Uno debe haber sufrido para aceptar el milagro de que Jesús lo ha perdonado.

El reconocimiento de la manera pecaminosa de ser, el confesar el pecado y la propia falta de dignidad, son las condiciones de la verdadera vida con el Señor. Jesús permanece con nosotros porque el Hijo del Hombre vino precisamente por los pecadores. (Lea Mt. 9:13; Lc. 15:2; 1.Ti. 1:15.)

Día 8

Lc. 5:8-11; Jn. 6:37

Con la expresión: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”, Pedro se puso a la misma altura que los “publicanos y pecadores”, que fueron despreciados especialmente por los fariseos. Pedro como pescador pertenecía al grupo social medio. A los fariseos y a los escribas les costaba mucho reconocer que los logros piadosos no eran suficientes. Pero Pedro entendió en la presencia de Jesús: Ante Dios no hay diferencia entre pequeños o grandes pecadores. Desde la caída en pecado todos los hombres necesitan salvación. Para

eso, Jesús, el Hijo del Hombre había venido y esto determinaba Su manera de tratar a los pecadores. En vez de evitarlos o juzgarlos, los seguía para “buscar y salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10; lea Jn. 8:1-11).

Jesús tampoco se aparta de las personas que están conmovidas interiormente. Con más razón para ellos vale la promesa maravillosa: “No temas.” El mensaje de gracia y perdón que recibió Pedro también tiene validez para nosotros. Podemos retener: Es verdad que soy pecador, pero como tal, soy amado y aceptado por Dios.

El mandato de Jesús de salir a pescar en pleno día, le parecía imposible a Pedro. Pero su ciega obediencia le fue de bendición: Desde ese instante, el Señor planificaba la vida de Pedro. “... desde ahora serás pescador de hombres.”

Pedro debía pescar del mar de muerte en el cual se encuentran las personas que vive sin Dios, para llevarlas a vivir junto a Jesús. “¡Tú serás!” Jesús puede utilizar a pecadores que han reconocido que necesitan de Él. Pedro aceptó el llamado y el ministerio. Dejándolo todo seguía a Jesús. (Lea Mt. 10:2-4; Lc. 5:27-32.)

Día 9

Hch. 9:26; 22:4.5

3. *Existen límites entre personas.*

Límites tienen su razón de ser. Ellos nos debe proteger. Ellos exigen respeto por la dignidad y por la propiedad del otro. Sin embargo hay límites entre personas, también entre creyentes que hablen de otro aspecto.

Entre nosotros y otros hay cercas de alambre de púas, muros fríos, surcos profundos de barro, quizás ya hace mucho tiempo o recientemente. Pero, ¿acaso Jesús no ha irrumpido y vencido este límite, para poder apropiarnos de Su victoria en las relaciones personales y vencer entonces los obstáculos?

Los cristianos en Jerusalén recordaron muy bien a Saulo de Tarso, quien había perseguido duramente a los discípulos de Jesús. Un abismo profundo existía entre ellos y Saulo. Los creyentes judíos de Jerusalén querían seguir sosteniendo este límite.

Nosotros también lo conocemos: El camino hacia una buena relación muchas veces se corta con la justificación: “Somos demasiado diferentes” o “Me han lastimado demasiadas veces, ya es suficiente”. Pensemos una vez más: Jesús puso un puente sobre el abismo entre Dios y nosotros. Por amor a nosotros venció esa profunda separación. Jesús es realmente el edificador de puentes, aun en la relación interhumana.

Si yo no tengo amor para el prójimo, Jesús me lo da. Aquel que vive en la profunda e íntima relación con el Dios vivo y verdadero, puede llegar a ser un edificador de puentes. Así era Bernabé: “Bernabé, tomándole (a Saulo), lo trajo a los apóstoles, y les contó cómo Saulo había visto al Señor en el camino, el cual le había hablado ... y (Saulo) estaba con ellos en Jerusalén; y entraba y salía” (Hch. 9:27.28). Por la intercesión de Bernabé se había edificado el puente entre Saulo y los hermanos. (Lea 1.P. 1:22; Mt. 22:39; Jn. 15:12.)

Día 10

Jn. 17:11-13.20-23

Bernabé podía llegar a ser un edificador de puentes entre los cristianos, pues había aceptado agradecido el puente que Cristo edificó para él: un puente que aguanta aun las más duras condiciones. Con esta realidad segura Bernabé podía edificar puentes para otros.

Como el Señor tiene un claro “No” por las relaciones hostiles entre Sus discípulos, exige victoria sobre las diferencias y nos quiere otorgar todo lo que necesitamos para eso. Con nuestras propias fuerzas no lo logramos. (Lea 2.Co. 3:5; 2.P. 1:3-7.)

Bernabé no era solamente edificador del puente para Pablo. También lo quería ser para Juan Marcos. Pero ahí estalló una discusión entre él y Pablo. Ellos opinaban de manera diferente respecto al joven Juan Marcos, quien los había abandonado en la tarea misionera. Bernabé lo quería llevar en la próxima jornada. Mas Pablo y él estaban en tan grande “desacuerdo que se separaron el uno del otro. Bernabé tomando a Marcos navegó a Chipre, pero Pablo, escogiendo a Silas salió encomendado por los hermanos a la gracia del Señor” (Hch. 15:37-40).

Dos hombres que servían a Dios pusieron un límite entre ellos. Bernabé edificó un puente para Juan Marcos, quien llegó a ser un colaborador muy útil, también para Pablo. (Lea Col. 4:10; 2.Ti. 4:11.)

¿Cómo actuamos nosotros, cómo edificadores de puentes o nos resignamos por las diferencias y abismos entre nosotros y los demás? Puede ser que actuemos de manera parecida a Pablo, eligiendo otro camino en el ministerio. Pero debemos dar lugar al amor del Señor en nuestros corazones confiándole al aparente equivocado, orando por él para que llegue a ser de bendición para otros. Pero también necesitamos “edificadores de puentes”, sensatos, misericordiosos y abnegados. Cada comunidad necesita “edificadores de puentes”. ¿Quiero serlo? (Lea Ro. 12:9-18.)

Día 11

1.Ts. 2:4

Aquel que puso el fundamento de su vida sobre el puente edificado por Jesús, podrá ser un edificador de puentes y sobrepasar límites. Esto es válido no solamente a nivel personal, sino también a nivel global. Jesús dijo: “Id a todo el mundo.” Las fronteras limítrofes de los países europeos generalmente se atraviesan sin problemas. Pero, ¿qué pasa con los límites que se contraponen a la tarea misionera que a veces parecen imposibles de pasar?

Gracias a la red global electrónica se puede pasar límites de países sin problemas y se pueden realizar servicios misioneros. Queremos utilizar las posibilidades y apoyarlas por medio de nuestra oración e intercesión.

Algunos mensajeros cruzan límites aun poniendo en peligro su vida porque “Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.” Una agencia misionera lo expresa en su logo: “Sobrepasar límites y fronteras” (Lea 1.Ti. 2:4-6; Ez. 33:11; 2.Co. 5:20.)

4. Hay límites en nosotros

Varios de nosotros conocemos límites en nuestra propia vida con los cuales tenemos que vivir. La fuerza está limitada, también la movilidad, a veces también la posibilidad de oír o ver han disminuido mucho. No es fácil aceptar estas limitaciones físicas. Comienza la disconformidad si nos negamos a aceptarlas y al compararnos con los demás. De esta manera se crean límites en nuestra convivencia.

Esa negación puede limitar también nuestra relación con Jesús que no quita el límite a pesar de nuestras oraciones. Él permite algunas limitaciones. “Dios permite cargas pero nos ayuda a llevarlas” (Sal. 68:19).

Sin embargo, también hay límites en nuestras vidas cuyas consecuencias Dios las quiere cambiar. Jabes oraba: “Señor, ensancha mi territorio.” Hay limitaciones con las que no debemos quedarnos. Se puede orar como Jabes.

Día 12

1.Cr. 4:9.10; Sal. 81:10

En el primer libro de Crónicas se detiene la continuidad de los nombres en un lugar. El escritor quería llamar la atención por la vida de Jabes. Pero, ¿por qué? ¿Habrá querido Dios que conociéramos algo más acerca de Jabes que de los demás? Una similar interrupción de una larga lista de nombres encontramos ya en Gn. 5:21-24. El hecho que acerca de Enoc y Jabes se nos dice algo más que de todos los demás, nos confirma la verdad que Dios conoce a cada uno de los nombrados en la genealogía y con cada uno tiene su propia historia. Ninguno carece de importancia, cada uno le interesa. (Lea 2.Ti. 2:19; Éx. 33:12.)

La madre de Jabes le puso el nombre con el significado: “Por cuanto lo di a luz en dolor.” También se puede traducir: “Él era un hijo que daba preocupaciones, causando dolor.” Quizás Jabes tenía que vivir con algunas limitaciones físicas, pero él pedía un ensanchamiento de sus límites, liberación del problema. La otra parte de su pedido, cuando ruega por bendición, nos hace pensar que Jabes no le importaba solamente un ensanchamiento en el sentido exterior, sino que también interiormente quería salir de sus límites, y llegar al lugar amplio de la vida con Dios. “¡Oh, si me dieras bendición y ensancharas mi territorio!” Jabes se dio cuenta de que no todos sus límites eran límites puestos por Dios.

Hay límites que nosotros mismos nos hicimos. “Lo más importante es que sea salvo, ¿qué más quiero?” “Lo decisivo es que llegue al cielo.” “Ante todo es importante que sepa a quien puedo dirigirme, cuando tenga problemas.” Muchos creyentes viven de esta manera “humilde”.

En la vida de Jabes llegó un tiempo que ya no le resultaba suficiente ser un creyente como “cualquiera”. Él sentía estrechez y anhelaba amplitud. (Lea Sal. 18:19.36; Is. 54:2.3.)

Día 13

Jn. 10:10

Jabes expresaba en su oración el anhelo de tener amplitud interna. Él quería tener más de la vida que Dios ofrece. Hasta ahora se había conformado con demasiado poco. ¿Cómo se habrá dado cuenta de eso, orando o leyendo la Palabra de Dios? Quizás al tener comunión con otros creyentes habrá visto que ellos viven una vida mucho más plena con Dios y tenían un horizonte muy amplio. Jabes no quería seguir viviendo con las limitaciones en su relación con Dios. (Lea Sal. 12:5; 84:2.) En su corazón sentía cierta inconformidad con su estado de vida y anhelaba tener más y vivir como correspondía a la grandeza y riqueza de Dios.

¿Conocemos semejante deseo? Es correcto si un creyente sufre por su mediocridad espiritual y ruega al Señor: “Ensancha mi territorio.” También corresponde a la voluntad de Dios de que no nos quedemos aplastados junto a los límites de nuestras falencias, sino que reconozcamos la amplitud del terreno al cual Dios nos quiere llevar y que nos levantemos y vayamos adelante. Podemos ganar mucho más territorio, pues Jesús ha ganado muchísimo por nosotros y ha pagado un precio muy alto.

Para que podamos vivir en amplio espacio, Él rompió en la cruz del Calvario las limitaciones de la muerte y nos otorgó una nueva vida en libertad por medio de Su resurrección. “Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Jn. 8:36).

Con mucho gusto nuestro Señor nos quiere regalar la ampliación de nuestra vida espiritual. “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él” (Col. 2:9.10a). “De su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (comp. Jn. 1:16).

Día 14

Jer. 31:14; Lc. 1:53

Muchos creyentes viven en una gran pobreza, como si para sus hijos no existiera la riqueza de Dios. Por ejemplo la actitud: “Esto no me dará el Señor, esto no”, o “Esto no me perdonará nuevamente”, esto es pobreza. Así se pone un límite que no debería existir a partir de la victoria en el Gólgota. Jesús tomó sobre sí el castigo por todos nuestros pecados, por eso hay perdón por todos nuestros pecados. “Bendice, alma mía, a Jehová, ... él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias” (Sal. 103:3).

Vivir con culpas no perdonadas significa vivir en estrechez. También preguntando una y otra vez si somos aceptados delante de Dios, estamos poniendo límites. La respuesta a esta pregunta encontramos en Su Palabra: Se nos ha regalado la justicia, no la tenemos que lograr nosotros. Porque el Padre nos ve en Su Hijo, estamos bien delante de Él. (Comp. Ro. 3:24; 5:1.9; 8:1.2.)

Una amplitud gloriosa llega a nuestra vida si confiamos en la Palabra de Dios y nos aferramos a Él. Por cuanto más íntima fuere nuestra relación con Él, tanto mayor será nuestro territorio espiritual. Cuando Jabes clamó a Dios por sus límites, Dios le otorgó lo que él pedía. Esto hará también con nosotros si queremos salir de la estrechez. A diferencia de Jabes nosotros conocemos a Jesús quien rompe todos los límites, también aquellos dentro de nosotros, si se los entregamos. En la vida con Él vale aprender: Vivir con aquellos límites que el Señor nos impone y aceptar la amplitud espiritual que Él nos quiere regalar y que Él ha hecho posible. Jesús es aquel que irrumpe cualquier límite. (Lea Sal. 34:3-10.)